

Tolerancia y Fútbol

Uno de los valores más apreciados en las sociedades democráticas es, sin duda, la tolerancia. Admitir como normales nuestras diferencias, los aciertos y los fallos ajenos y propios mientras seguimos trabajando juntos por un bien común.

Enseñar tolerancia a un niño no es fácil. Se supone que deberíamos adquirirla todos con la experiencia, pero día a día comprobamos cuan poco aplicados hemos sido los mayores en el empeño, y cuanto más fácil nos resulta aumentar el yerro ajeno que admitir el propio.

Pocas escuelas de tolerancia resultan tan efectivas como el deporte, y en particular, el fútbol. No me estoy refiriendo al fútbol como juego, practicado en el patio del colegio, sino al fútbol competitivo, al equipo.

La natación, el tenis, el judo, son buenos, pero son deportes individuales y no enseñan a ser tolerantes. El baloncesto es bueno y puede enseñar tolerancia, pero hay que ser muy alto para jugar. Pero ¿y el fútbol?, ¿Cuántos niños no pueden jugar al fútbol?.

El equipo de fútbol es lo más parecido a mi idea de lo que debe ser una escuela de tolerancia. Desde que decide “apuntarse” hasta que termina la temporada no hace más que ejercicios para ello.

Cuando un niño se incorpora a un equipo por primera vez ha de acostumbrarse a la figura del entrenador, algo semejante a la que ya conocía del maestro, pero también ha de acostumbrarse a que sus compañeros ya no son solo eso, sino parte necesaria de un conjunto. Tendrá que asumir que el trabajo individual ya no supone el aprobado, como ocurre en el colegio, sino que **han de ser todos y todos a la vez** los que trabajen para poder ganar. Cuando un niño no asiste a clase, los demás, como mucho se preocupan por su salud. Cuando un niño no asiste a un partido, todos pierden.

Cuando llegue el primer partido aparecerá a la figura del árbitro, que se equivocará muchas veces y sin embargo, han de callar y seguir jugando. Deberán acostumbrarse al error del compañero, al que deberán disculpar, animar y seguir jugando. También a los poco tolerantes padres del equipo contrario, que les recriminarán, probablemente sin razón, pero habrán de callar y seguir jugando.

A lo largo de la temporada, el niño quizá tenga que admitir que su compañero es mejor y juega más tiempo, o que, simplemente el entrenador prefiere a otro y, sin embargo, ha de seguir entrenando cada día para que cambie de opinión. Verá como algún compañero se convierte en una pequeña estrella y exige que le traten de forma especial porque seguramente la tolerancia no es su fuerte, sin embargo debe seguir ayudando a que las condiciones excepcionales de uno aporten cada vez más al equipo.

Cuando vuelva a casa deberá entender que su madre, a quien nunca le gustó el fútbol, le recrimine tanta ropa sucia, o que su padre, apasionado seguidor, le eche en cara fallar aquel gol tal claro.

Quizá lo más importante es que un niño ha de acostumbrarse a ser tolerante consigo mismo. Puesto que ha de tomar cientos de decisiones importantes cada momento, no debe exigirse que todas sean correctas, sino solo que cada vez lo sean un poco más.

Si, como parece claro, las personas tolerantes son mucho más felices que las que no lo son, podemos pensar que además de fútbol le estamos enseñando a ser algo más felices mañana, y **¡la felicidad si que es una asignatura difícil!**